

RIVERRUM

Juan Andrés García Román



Juan Andrés García Román (Granada, 1979) estudió teoría de la literatura y se dedica al estudio y traducción de literatura fundamentalmente alemana.

Como poeta, es autor de los libros *Perdida Latitud* (Hiperión, 2004), *Las*

canciones de Lázaro (Adonáis, 2005) y *El fósforo astillado* (DVD Ediciones, 2008), aunque considera a éste último su primer libro.

Ha sido antologado por Luis Antonio de Villena en su reciente antología de poesía española *La inteligencia y el hacha*.

Entre sus traducciones se cuentan *Los poemas a la noche y otra poesía póstuma y dispersa* de R. M. Rilke (DVD Ediciones), una suerte de screenplay -obra conjunta de Rilke y el pintor Balthazar Klossowski, Balthus- titulado Mitsou, una antología poética del joven poeta alemán Arne

Rautenberg (*Poemas no escritos*, Ediciones del Festival de Cosmopoética) y las *Elegías* de Friedrich Hölderlin (DVD Ediciones).

Por otra parte ha publicado poemas y realizado recensiones y semblanzas críticas en diversas publicaciones y revistas de ámbito literario

MIRADA DISTRAÍDA
(ZERSTREUTES HINAUSSCHAUEN)

Para Juan E. Wilhelmi

(En un tren hacia Klagenfurt, estación de Hallein,
aledaños de Salzburgo)

Mediodía, pero el copo cae en el copo.
Un cuervo vuela a la escritura de la palabra marzo -Hallein-;
sus alas en la nieve abren y cierran las puertas de los bosques.

Quién hay, quién vive aquí, ya sin otro destino
que la mirada allende el acebal,
quién vive aquí

y qué vamos a hacer en estos días de primavera
con la nieve en el ala más temprana.
Continúa el trayecto y la pupila, viejo néctar de mirlos y verano
se licua en la nieve, también sin esperanza.

De *Las canciones de Lázaro*, 2005

Para mis hermanos y a quien sin saberlo ya estaba allí

NOS DISFRAZAMOS fuera de los nombres,
ensayamos palabras que nos están anchas como primaveras,
¿o eran veranos?, ¿o eran niños?

Entramos en los lagares viejos donde ahora apilan ropa,
subimos a los zaguanes de las palabras dormidas
y jugamos a probarnos, disfrazarnos.

Entonces alguien dice: -¡Es la ropa del sol!
Nos miramos las anchas mangas y los largos faldones
y reímos.

De *Launa*, 2006

CUADERNO DEL APUNTADOR

(Homenaje a Edward Gorey)

Lo llamaban la comba. Se trata de un hombre hundiéndose en el lago de cuyo pie no cuelga una piedra atada, sino él mismo –su doble o su hermano gemelo–. De hecho, la historia podría ser contada indiscerniblemente desde el punto de vista del otro, porque la soga ata a los dos por el pie. Si la hemos contado así, es porque en este momento el «otro» estaba en el fondo del lago, mientras que el «hombre» sólo ahora empieza a estar totalmente sumergido. Pero la historia puede cambiar. Y es posible y hasta lógico que no tenga un final.

La corriente los llevaba.

CUADERNO DEL APUNTADOR.

La princesa se orina y el guisante, cien colchones de colores más abajo, comienza a germinar.

CUADERNO DEL APUNTADOR.

Lo más hermoso fue lo que tú imaginaste. Decías que se trataba de un evangelio muy apócrifo: Jesucristo se lavaba con jabón una de las manos, pero no se enjuagaba. Entonces, se soplabla la llaga de la cruz y de ella salía una estampida de pompas ante los ojos maravillados de los niños.

CUADERNO DEL APUNTADOR.

Un botón en lugar de un dogma o de una idea. Abotonar las cosas a sus usos. Un botón que une la espalda del pijama de aquel que duerme al colchón. Otro botón que une la palma de los guantes del soldado con la parte lateral de sus muslos, para que forme y se cuadre. U otro, por ejemplo, que une la palma de un guante con la de otro guante para obligar al rezo. En definitiva, una sutil dictadura consistente en botones dispersos por la piel de las cosas.

EL COHETERO EN LA NIEVE

I

un camaleón que no imita el color sino la forma de las cosas
la nieve

un pájaro se fabrica su jaula hasta quedar encerrado en ella

nieva

cincelazos vacíos esculpen la mirada en un país de otro país

III

nieva o el rey Lear se cuenta las muelas

luego sale de la gruta orina sobre la nieve y sale humo

¿porque es un rey?

VI

Dios se abre el sobretodo como si fuera un exhibicionista

y el dibujo del forro de su sobretodo es nieve que no cesa de caer

VIII

los días de lluvia los hombres usan paraguas

en cambio cuando nieva juegan a mosca con la nieve

simulan con las manos un cono invisible

sobre la cabeza y van corriendo en medio de la nevada

hasta llegar al otro lado de la calle

la nieve es el cuello recortado de una camisa

XI

la loma de nieve cubierta de conchas como tras una noche de oleaje:

una cabeza sobresale de la nieve

me acerco ¿¿pero quién le ha hecho esto??
no han sido niños ni piratas -dice- ni siquiera piratas de la nieve
éste es el juego en su versión adulta: ¡aléjese!
¿cerradura de nieve?

XIII

para la lluvia, paraguas negros.
Para la nieve, paraguas blancos

o arcoiris

XIII (BIS)

la sombra del molinillo de viento
es gris.

XIV

nieva
- ¿qué son los pájaros cuando la temperatura baja de cero grados
sus voces sumergidas en el sueño?
- peces

nieva
saco la mano por la ventana para ver si «nieva»
o la nieve mete por la ventana su pata blanca dentro mi cuarto
para ver si yo «soy»

XV

der schnee hämmert hämmert hämmert das licht
nieva cuando algo quiere convertirse en el interior de otro algo
la nieve martillea martillea martillea la luz

POR PRIMERA VEZ ESTÁS TRISTE
(BELISARIO ENVÍA TROPAS A LOS ÁRBOLES)

El mito es absurdo

Luis Antonio De Villena

Shhhhhhhhhh,

el pájaro que canta entre dos luces:
el vuelo de dos cuerpos.

La luz entra hasta la corriente.
Sopla el viento, rueda la rueda.
El ruiseñor acaricia la noche con sus axilas añosas,
el interior del pájaro.

Estás triste. No estoy triste:
simplemente se te ha enredado el pelo en los abejorros.
El viento es un soplón. ¡Rostro soplón y gris
con tirabuzones de rey y bigotes de gato, pon roja la nariz
[de Martin Pebble!

Tú eres la niña rubia que a lo largo de la mañana gira su pupitre
como un girasol.

Tú eres la niña rubia que entrena un pájaro con el brazo
[izquierdo.

Pero en invierno no existes, te rapta la vieja fea
-raptar a Proserpina para que exista el invierno-.

Escucha: el corzo de un solo cuerno en la Toscana,
el que -dicen- dio origen al mito
del unicornio, vuelve a esconderse en el bosque camino de
[otra edad
oscura,
pero antes de entrar gira su cuello.
Entonces, tu mirada de velas sopladas se ilumina un poco más.

Mira, ya comienzan las migraciones de las golondrinas
a países menos democráticos.
Proserpina, la niña que se lleva los jardines
como una tarta de cumpleaños.

Deja en paz los jardines;
no hagas eso, gata.

PAPIROFLEXIA O PAZ

Te pasas toda la tarde hablándome de un insecto:
sus élitros, sus membranas, sus ocelos;
intento advertir la relación entre eso y lo que vivimos,
aunque quizás tu poema sólo trata de volar.

PER CAPITA

El primer rey era deforme;
nació con una protuberancia sobre el cráneo que llamaron corona,
pero esa deformidad le confirió mucho poder.
Ésa fue la única corona de hueso, la única auténtica corona:
una sola corona de verdad en toda la historia de los hombres.
A partir de entonces, el resto de los reyes simulaban la deformidad
con coronas de arcilla acero oro.

¿QUIÉN HABLA AHÍ?
(AURORA EN PALERMO)

Contemplas la mañana del día sediento.
Descubrimos ayer que había un árbol
en el corazón de la isla.
Vimos que los niños jugaban al escondite en la playa
o jugaban a que ya no cabían en el útero.
Todo el contorno de la boca rodeado de puntos de herrumbre
y los labios pronunciando un nombre: ¡Pandora!, ¡Pandora!
Por la noche, los caminos fluían entre casas cerradas,
las combas crecían dentro de los armarios.

Pero no más imágenes. Ahora
contemplas la mañana del día sediento:
sabes que hoy te espera
una conversación de raíces rotas en el corazón, en el centro...,
¿pero centro de qué?
La isla, la isla –respondes.
Entrarás hoy en ella deslumbrado.
Oh si ardiéramos dentro de nosotros en la isla infinita:
lo ilimitado dentro de lo limitado, madre y esposa.
Si ardiéramos como gacelas en la concha.
Si nos dijésemos palabras como llamas ascendiendo del último
rostro,
asolado y perenne. Lluvia
de senderos.

Porque tú a la luz redonda la seguías llamando sol.

¿Pero y si fuera siempre lo otro de lo otro,
lo desaparecido?

¿Pues no era cada cosa, no era todo
estremecida forma?

Los senderos ocurren –respondes–,

van hacia el paisaje: dios menor o mirada.

El sol. El sol es, por ejemplo, una nube mendicante:

pájaros convertidos en bajorrelieves, caballos, osarios o nácar

[–nacer–,

monedas colgantes –insectos devorados por el milagro–, el

[sobretudo

de Dios,

el guepardo de olas, el mar...

Porque mirando el mar, las antiguas moradas del cuerpo van

[tornando,

nos habitan: se clavan en nosotros

fundiéndose con «él» y terminando.

Es como un juego: para eso vas trayendo de allá el reflejo,

un esqueleto blanco de olas.

Para que sobre ese abecedario pueda venir la voz del mar.

Así, van sustituyéndose las palabras por silencios y luego, otra vez
por palabras.

Y después no.

Después se van acercando los relieves

y descubres: si el alma al fin fue forma,

si el alma fue un momento la forma más clara de las cosas,
debes dejarla ir. Y sin embargo, tú mismo
habrás de regresar a lo que ya no tiene principio.
Así, la poesía ha de describirse como un palimpsesto.
Oh huella que se desertiza,
oh florecida.
Sólo di adiós a una memoria siempre perdida,
cada vez más perdida
y cambia tus monedas, hijo de lo derribado,
a veces de lo no nacido;
camina por el puente de palabras que el sol besa un instante
[hacia...

¿hacia dónde?
La isla, la isla- repites.

Entonces, regresa a los naufragios, pues son sombra de dioses.
Imposible
hijo,
regresa a los naufragios.

De El fósforo astillado, 2008

CAPÍTULO 00.
DEL NACIMIENTO DE LA MELANCOLÍA

para Laura

I

Arrimo mi hombro a tu cuerpo para que “también por mí”
[vayan las hormigas.
-Eso dijiste. Así fue tu principio, no brotaste
de la costilla de neón rosa de Adán,
sino que naciste de mí como una extrema solidaridad.

Pronto estábamos en la mañana como un grupo que hace tai chi
[en un parque.
Nuestros cuerpos eran sencillos
y realizábamos movimientos repetitivos para obtener un alma.

II

Se celebró tu infancia
y yo quise llegar al fondo de “aquello”
colocándome una acreditación de poeta para entrar.
Los poetas éramos un grupo de académicos
que no habían terminado los estudios
y por eso en lugar de pajarita llevábamos una larva debajo de
[la nuez.

En aquellos tiempos ser moderno consistía netamente en la
[ironía.

(Por ejemplo si algo nos dolía o hacía mucho daño
procurábamos siempre aún así sonreír.)

Y tú fuiste el objeto

-Dear little you, I'm so sorrowful sorry,
culpable como un viento de primavera en una flor de plástico:-

Nos pintamos los labios y comenzamos
a besar tus cuadernos escolares tan sólo con el labio superior,
sellando así tu inocencia con algo parecido a un bigote.

Yo le hablé con crueldad

a la niña que eras. Dije -Snow White,
hoy vas a oír un cuento de verdad:

Cuando la princesa besó al sapo, éste se convirtió en un príncipe,
cuando la princesa besó al príncipe, éste se convirtió en dos
[príncipes

y cuando la princesa besó azorada a los dos príncipes,
todos juntos se convirtieron en un solo muerto.

Te dije que los terremotos eran el modo que tenía Dios
para mecer las cunas de los huérfanos.

Porque andaba mothertheless por el mundo y te regalé versos
[que te hicieron llorar.

Pero tampoco tu llanto podía hacerme abdicar de mi nueva
[mirada deportiva:

en nuestra institución había un pinball
y yo te pregunté: -Y cuando las lágrimas
atraviesan tu rostro
y pasan justo sobre tus lunares... ¿recibes puntos?,
dime, Snow White...

Pero Snow White no me dejó continuar.
Snow White me cogió de la mano y me enseñó a
escribir versos cuyo ancho era irregular como los cuerpos de
[las lombrices,
a pintarle de rojo las uñas a la mano de oro del viejo llamador
[si era verano
o vestirla de un guante si hacía frío.

Snow White me llevó
al mediodía de un mar cubierto de infinitos y rojos bombos chinos.
Y cuando un día de marzo se derritió la nieve de la calle,
Snow White me enseñó la calavera del muñeco de nieve.
Snow White me dijo que la mujer con las dos piernas ortopédicas
[era una sirena.
Porque Snow White era una niña que decía ¡Dios salve a la reina
[del panal! antes de
comerse la cucharada de miel.

Y cuando los pájaros veían a Snow White, decían
[lindascosaslindascosas.

Snow White, Snow White, the little men have come to say
[littleiloveyou.

CAPÍTULO O. DE LA QUITANIEVES DEL UNIVERSO

Y yo inventé una fábrica de seda. Era un edificio sin exterior con una escalera por cuya baranda subía siempre una procesión de gusanos. Y esos gusanos engordaban a cada piso que subías y, aunque el edificio no tenía techo, no podías ver el cielo porque el tejado lo constituía la eclosión y vuelo de las mariposas. Entonces se me dijo modernista y que había perdido la ironía; me fue aconsejado que no hablara más ya de seda ni animales en peligro de extinción, porque cuando definitivamente se extinguieran, habría de recortar esas palabras con tijeras de las páginas o mi obra quedaría envejecida. Pero a mí me dio pena y escribí más y más sobre osos polares, ballenas o hipopótamos y dije que la luna era la mancha blanca en la espalda de un macho gorila. Porque quería extinguirme junto a los animales grandes, los animales grandes que eran tu alma cuando se la miraba con una linterna.

Pues contigo era así: algo podía ser torpe o inane, pero en torno a las cosas que veías crecía una hiedra buena y cuando alguien se acercaba a enjuiciarlas, ya estaba en cambio allí aquella hiedra y sus pájaros unidimensionales, como una

dignidad. Entonces lo que veían no eran las cosas, sino lo que tú amabas. Aunque tampoco era que tú imaginaras los objetos, no es que tu cerebro, como el del filósofo polaco, se metamorfosease en formas geométricas al pensar y diera luz al mundo, no como un pulpo que entra lentamente por el ojo de un agujero; no, no así, tú eras tu cuerpo, tú amabas algo como a partir de él, de lo que de ti habitaba en él, dándole como mundo para ser, como agua para germinar, porque un jardín no está si no lo miras, pero si por fuerza del amor sensorial los geranios afrutaban melocotones de puro terciopelo del tic tac de tu tacto o la rosa en verano levitaba en la rama hasta madurar un corazón, eso no era para ti imaginación alguna, era tu amor, y las cosas florecían, cómo decirlo, las cosas florecían sumergiéndose en sus propios emocionados colores. O porque tú lograbas al calor de la zarza de Moisés que vieran cómo hervía la creación en sus cuerpos pequeños y entonces no volvían a ti, volvían a ellas inocentemente, volvían a ellas incesantemente (y eran la fórmula concreta de todas las infancias).

Así tu bondad hacía correr al Tánger por las escaleras de los rascacielos. Y qué más da que el ciempiés tuviera noventa y nueve pies o que señalaras un hipopótamo de dos milímetros: tú lo

llamarías por su nombre, porque tú llamabas a las cosas queriéndolas, exactamente iguales a la cifra que en ti encontraba mundo, el hueco exacto para no ser algo solo.

Y eso es lo que he sabido ahora que no estás, eso es lo que he sabido y eso repito mucho para que todos los seres pobres y torpes de este mundo y miserables se extingan en un brillo y vuelvan a ser tú.

PRÓLOGO

*Mi sueño enterrado profundo en la mañana,
en los días como grandes dinosaurios de luz,
me acuerdo:*

*una niña, mi niña y luego otra vez una niña,
mi niña... y otra vez y de nuevo y otra vez,
tu là para mi ici, sí sí sí là là là
recorro esa frase como quien recorre un jardín
para que tú estés, para que algo ocurra en medio o corra
el viento del revés depositando
en mis brazos una sirena ahogada.*

De *La adoración*, inédito

